

CAPITULO VIII

Excursión de Páez por la provincia. - Hato, en los Llanos. - Manera de ordeñar las vacas campestres. - Estratagema de Páez contra las tropas españolas. - Puentes a través de las montañas. Trapiches o molinos de azúcar. - Plátanos.

Páez quiso aprovechar la forzosa suspensión de hostilidades para recorrer la parte de la provincia de Barinas que no estaba en poder de los realistas, y eligió para acompañarle a los seis oficiales ingleses que hablaban mejor el español y sabían nadar mejor. Esta última condición era importantísima para sus acompañantes, porque las llanuras estaban, en aquella época, inundadas en muchos lugares, y todas las caletas que las entrecortaban eran muchas y profundas. Era, evidentemente, un acto de buena política el satisfacer la curiosidad de los habitantes de los Llanos, ofreciendo a su ojos a unos extranjeros que venían a defender la causa de la independencia.

Los Llanos de Barinas se componen de una inmensa extensión de tierras bajas, situadas entre el Orinoco y el Apure. Son completamente incultas salvo en algunos lugares, donde el terreno está más alto y menos sujeto a inundaciones. Estas llanuras están cubiertas hasta perderse de vista de hierbas largas y duras que sirven de pasto a los innumerables rebaños que las ocupan.

Estos rebaños descienden todos de las razas españolas, introducidas en la América del Sur después de la Conquista; porque es cierto que los habitantes primitivos no contaban como animales domésticos, sino la llama y el guanaco, y, en la clase silvestre, la danta, especie de tapir, ocupaba el primer lugar. Los caballos y las vacas se han multiplicado hasta tal punto, que se los encuentra en abundancia, en todas las latitudes, desde la California hasta la Patagonia.

En los llanos de Venezuela, particularmente, y en las pampas de Buenos Aires, tan notables por su inmensa extensión como por la excelencia de sus pastos, el número de dichos animales es verdaderamente increíble. Para dar una idea, añadiré que, en algunos lugares, se hace necesario, cuando pasa un ejército, enviar de avanzada destacamentos de caballería para facilitar la marcha.

Constituye entonces un bello espectáculo seguir los movimientos de los caballos salvajes. Aunque asombrados al ver turbado el silencio de sus soledades, no huyen como los gamos y otros animales tímidos, sino que galopan en masa compactas varias millas, con la intención aparente de reconocer a los extranjeros, y avanzan a menudo resueltamente, hasta poca distancia de las cabezas de columna, mirando fijamente, relinchando y dando muestras de descontento, sobre todo a la vista de la caballería. Van siempre conducidos por algunos jefes viejos, cuyas crines y flotante cola muestran claramente que jamás han sufrido el yugo del hombre, mientras que los potros y las yeguas forman la retaguardia.

Encuétranse también, en algunos lugares, rebaños de asnos salvajes; proceden, sin duda, de los que, abandonados durante las escenas de pillaje y asolamiento

de que la granja y plantaciones fueron teatro durante esta larguísima guerra de la revolución, se propagaron en la llanuras.

Probablemente, por la misma causa los cerdos y los perros han multiplicado su especie en los mismos lugares. Los últimos han llegado a ser tan numerosos en muchos sitios, que son peligrosos para los viajeros cuando estos son pocos; son de la raza del perro tigre de Cumaná, animal, por lo demás, muy valioso para los rebaños confiados a su custodia, porque su agilidad y su ferocidad le hacen temible a la pantera y al jaguar.

El asno ha ganado mucho con la libertad. En vez de ese aire pesado y abatido que tiene en sus hábitos domésticos, parece vivo y despierto. Su figura es alta y elegante; lleva la cabeza erguida y tiene la agilidad de un gamo.

El color del asno salvaje es obscuro, con excepción del vientre y del estómago, que son de un blanco brillante. Se caza a los asnos a causa de su piel, que sirve para hacer sillas de montar. Tiene largas crines, casi negras.

Como no se han practicado caminos a través de las llanuras, le es difícil a un extranjero ir de un sitio a otro. La distancia que separa las dos fincas es, ordinariamente, de un día de marcha; distancia, calculada, sin duda, por los habitantes, para dejar a los diferentes rebaños suficiente espacio donde pacer libremente sin temor de confundirse.

Los indígenas señalan estas distancias con macizos que llaman, en general, matas, y que, colocados a considerable distancia el uno del otro, dan la idea de las islas del océano. Estos macizos o matas han recibido

de los llaneros nombres que las distinguen, tales como Mata del Zamuro, Mata del Caimán, etc.¹

En un número pequeño de granjas aisladas y que se encuentran muy alejadas de las provincias donde la civilización se ha introducido, sorprende hallar las costumbres de la vida patriarcal.

Allí, la hospitalidad es considerada como un deber indispensable, y la acogida que recibe el viajero es tanto más benévola cuanto que los moradores se consideran como obligados por la visita.

Las casas que dependen de estas granjas o hatos no tienen más que el piso bajo, que se compone, en general, de una vasta sala alrededor de la cual cuelgan sillas de montar, bridas y lazos, y cuyo único mueblaje es una gran mesa y varios bancos macizos, harto pesados para cambiarlos del sitio. Allí comen todos los de la vivienda cuando la lluvia les ha obligado a dejar los campos; allí también duermen los hombres durante el mal tiempo, después de haber extendido en el suelo una piel de toro que les sirve de lecho.

Hay, además, una o dos habitaciones separadas, que las mujeres ocupan en invierno, puesto que cada cual se halla habituado a dormir al aire libre a causa del calor.

Cuando el viajero llega a una de estas viviendas, no se señala la llegada con alguna ceremonia; conténtanse con dirigirle la fórmula de cortesía usada por los campesinos: «Ave María Purísima». Se quita en seguida la silla al caballo del viajero, y se deja que el animal pазca libremente, sin vigilancia; en este país preocupa

1) En Mata de la Miel ganó Páez uno de sus más renombrados combates de caballería contra las fuerzas españolas. - (Nota del Traductor)

muy poco que se extravíe un caballo, porque siempre hay a mano una porción de estos animales que son considerados como de propiedad pública.

Terminada esta operación con el caballo, ocúpense del viajero, al que se trae agua para que se lave los pies; después de lo cual, cada uno extiende su capa o su *cobija* a la sombra y se tumba; mientras tanto, un miembro de la familia ha ensillado ya un caballo y se ha puesto en camino en busca de una ternera. En menos de una hora, el huésped es obsequiado abundantemente con carne asada, a la que, a veces, se añaden arepas.

La sal es, ordinariamente, muy rara; cuando la hay, la disuelven en agua, donde se moja cada trozo de carne. Al final de la comida se sirve leche, queso y aguar-diente.

Alejados de toda la sociedad como lo están los habitantes de estas comarcas solitarias, creeríase que muestran mucha solicitud por enterarse de lo que ocurre en otros países. Pero es lo cierto que, bien inspirados por su natural cortesía, no dirigen a su huésped ningún género de preguntas hasta que no haya satisfecho su apetito.

Generalmente se acuestan en seguida de anochecer; pero siempre el patriarca de la familia reúne antes a sus hijos y criados y todos rezan el rosario muy devotamente. Es muy raro la abstención de este rito religioso en la América del Sur. Diré, en apoyo de esta afirmación, que he visto a los bateleros del Orinoco cumplir constantemente este deber piadoso siempre que desembarcaban durante la noche; e incluso a los guerrilleros del bosque de Las Palmas (y la autoridad es buena en esta ocasión) los he visto no menos solícitos en observarlo.

Los hatos o estancias donde se crían ganados realizaban un comercio muy extendido de quesos, tasajo y mulas antes de estallar la guerra contra la madre patria. Pero desde que empezaron las hostilidades se interrumpieron las comunicaciones entre los llanos y las comarcas montañosas situadas cerca de la ribera del mar, y esos lugares aislados cesaron de poder exportar sus productos.

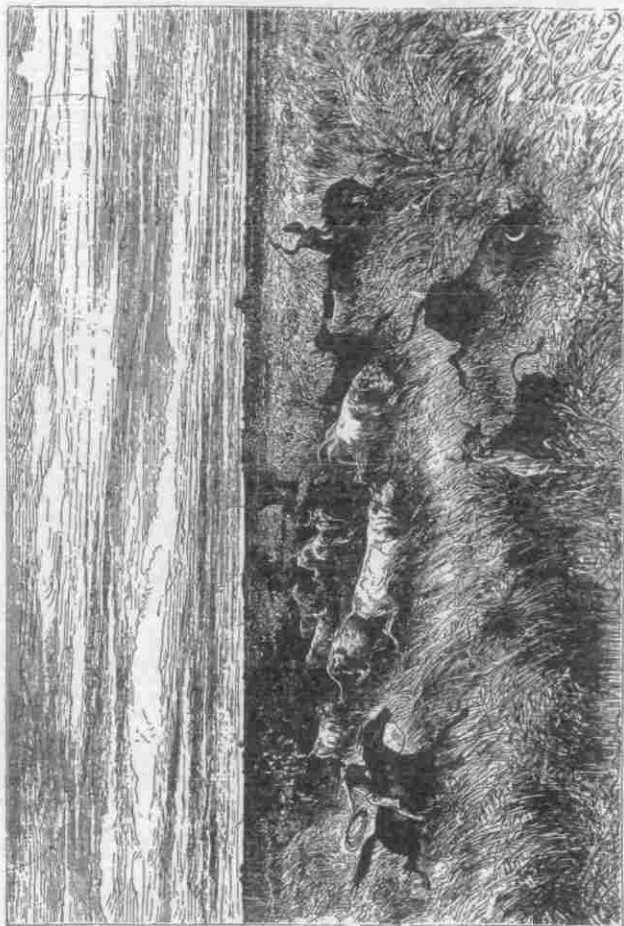
La importación en los llanos no era menos difícil; así se vieron privados de varios artículos alimenticios, entre los que principalmente echaban de menos la sal, como lo más necesario.

A falta de la cosa misma, se ingeniaron de tal modo que consiguieron hallar su equivalente; así lo creían por los menos. En los lugares más frecuentados por el ganado recogen cierta cantidad de tierra sobre la que echan agua hirviendo, que dejan evaporarse.

Concíbese fácilmente que sólo ante una necesidad extrema pueda un viajero contentarse con semejante sal, que a su mal aspecto une un sabor excesivamente amargo.

La manera de ordeñar las vacas es bastante singular. Como se trata de animales completamente salvajes, los granjeros se ven obligados a no perderlas de vista en la época de las crías. Reúnen todos los terneros que se encuentran en los límites de su hacienda y los conducen a un recinto, seguidos paso a paso por las vacas, que acuden alrededor de los lugares donde sus crías han sido encerradas.

Cuando los hateros lo juzgan oportuno sueltan a los terneros, que a escape se acercan a sus respectivas madres. Este es el momento que eligen para ordeñar a la vaca sin espantarla, habiendo cuidado antes de atar el ternero a la rodilla de la madre.



Rodeo en los Llanos Orientales

Ocurre sin embargo, que algunas vacas se niegan al pronto a amamantar a sus pequeños cuando se las encierra en un recinto. Los llaneros emplean medios algo violentos para despertar en las madres el sentimiento natural. Provistos de un lazo, echan un extremo al cuello de la vaca rebelde, mientras que pasa el otro por las ganchudas ramas de un árbol, en forma de horqueta, plantado expresamente en aquel lugar, levantan al animal de manera que no toque el suelo sino con las patas traseras. Este procedimiento, que es de un efecto inmediato, se repite siempre que la vaca se niega a suministrar la leche.

Cuando los llaneros quieren procurarse caballos, también recurren al lazo. Mientras que dos o tres individuos han echado el lazo al animal elegido, otros hombres le golpean despiadadamente la cabeza. Los golpes y el nudo parecen que privan prontamente de sentido al animal. Una vez así, le atan las piernas, le tapan los ojos y le ensillan sin pérdida de tiempo. Hecho esto le quitan el lazo que le oprime; el animal no tarda en volver de su aturdimiento, se levanta, pero permanece tranquilo, aunque tembloroso.

Entonces el llanero monta en el caballo salvaje, al que ya ha hecho accesible el terror, se afianza y le quita la venda. El caballo muestra al principio un asombro y una confusión que le impiden hacer el menor movimiento; pero prontamente los gritos y los golpes de los compañeros del jinete le hacen salir de esa especie de letargo, y la lucha entre el animal, que defiende su libertad, y el llanero, que quiere arrebatársela con ayuda de su incomparable destreza, no tarda en entablarse.

El caballo señala sus primeros esfuerzos combando el lomo y lanzándose en seguida hacia adelante con saltos sucesivos y golpeando el suelo con los cuatro remos

a la vez. Algo apaciguados estos primeros impulsos de un ardor desordenado, se pone rígido, de manera que desaparezca toda flexibilidad en sus articulaciones y sienta así el jinete toda la violencia de sus saltos imprevistos.

Los riñones y la espina dorsal del jinete sufren entonces horriblemente, si no ha cuidado de rodearlos con una ruana o manta ligera, a guisa de cinturón. En lo más rudo de la lucha, el llanero emplea frecuentemente el palo, cuyos repetidos golpes contribuyen esencialmente a domar la peligrosa rabia del animal salvaje. Generalmente esta curiosa lucha no se prolonga más allá del segundo día.

Cuando el caballo empieza a trotar, aun de una manera lenta y desigual, es señal infalible de que reconoce la necesidad de sufrir el yugo del hombre.

Por la extrema fertilidad de su suelo y las inundaciones de los ríos, los llanos se cubren anualmente de una cantidad de hierbas; pero se ponen tan duras cuando las secan los calores del estío, que los animales no pueden comerlas. Parécense, bastante en tal estado, a cañas tostadas por el sol. Es, por lo tanto, preciso quemarlas en otoño para dejar que brote la hierba tierna que nace inmediatamente después de las primeras lluvias.

Para hacerlo, los llaneros prenden fuego a la hierba por diferentes lugares, lo que produce un incendio, que, abarcando varias leguas de extensión, ofrece un espectáculo grandioso cuando se le ve de lejos. Para dar una idea, añadiremos que la hierba seca así entregada a las llamas no tiene menos de ocho o diez pies de altura, y se hace muy densa, y que en la inmensa conflagración que causa, se ven caer a intervalos altas y elegantes

palmeras a las que la Naturaleza prometía aún largos años de existencia.

La rapidez con que estos volúmenes de llamas son llevados por el viento que constantemente reina en estas llanuras, es espantosa, amenazando con una destrucción inevitable a todo ser que se hallara a su paso.

Tal peligro es, sin embargo, poco de temer, porque las nubes de humo que obscurecen el cielo en la dirección del incendio son suficientes para advertir su aproximación. Tras esas gigantescas masas, cuya huella está marcada por las raíces humeantes de la hierba y el suelo ennegrecido, vuelan tumultuosamente bandadas de buitres y gallinazos¹ que encuentran amplia subsistencia en la multitud de serpientes y ranas que han perecido en las llamas sin ser por ellas consumidas.

Sucedió en una ocasión, que Páez supo sacar partido de esta naturaleza combustible de la hierba seca de las llanuras. A cosa de una legua de una ciudad llamada Mantecal, había hecho que sus lanceros envolvieran a un destacamento de infantería del ejército realista, que había formado el cuadro. En vano intentó varias cargas vigorosas. Los infantes españoles se mantuvieron firmes en su puesto sin dejarse arrodillar. Ordenó entonces que se reuniese una manada de toros, que fueron empujados hacia el enemigo a lanzazos. Este expediente no tuvo otro resultado que producir una confusión de unos cuantos minutos. Ante esta nueva decepción, se le ocurrió a Páez prender fuego a las masas de hierbas secas que se encontraban frente al enemigo. Esto produjo todo el éxito que pudiera proponerse su autor, y los españoles, obligados a abandonar su cuadro, o fueron

1) Especie de cuervo.

sofocados por el humo, o cayeron bajo las lanzas de los llaneros.

En medio de estas llanuras, a lo largo de las riberas de los ríos que las dividen, se encuentran bosques extensos en los que se da en abundancia la guadua o bambú de la América del Sur. Es una especie de caña gigantesca que se eleva hasta 90 pies, y algunas veces más, y cuya cima, compuesta de varias ramas largas y menudas, cuelga graciosamente hacia el suelo, sobrecargada de una porción de hojitas ligeras que se parecen mucho a plumas. Esta caña es muy útil en la construcción de casas y puentes; sirve también para el cercado de plantaciones y corrales, porque puede resistir varios años las inclemencias del aire. De las partes más gruesas de este árbol, pueden hacerse postes, vigas, y hasta almadías; también se pueden sacar de él planchas anchas y sólidas que se emplean en cubrir las casas y enmaderar las habitaciones principales.

Las ramas menudas de este árbol, estrechamente unidas con tallos sueltos de bejuco por un amasijo de tierra y yeso, forman de ordinario las paredes de algunas casas. Empléase también en una porción de objetos domésticos, que sería prolijo enumerar.

Pero, sobre todo, se aprecia la utilidad del bambú cuando se trata de construir puentes en los ríos estrechos que surcan las llanuras, y cuando se aplica para el mismo uso en las montañas, estableciendo comunicaciones entre ellas. Para esto último, es tanto más precisa cuanto que no se podrían transportar piedras o armaduras sin la mayor dificultad.

La guadua reúne las cualidades más esenciales: longitud, resistencia y elasticidad. Construídos prontamente, estos puentes pueden ser destruídos igualmente de

prisa, cuando se trate, por ejemplo, de contener la marcha de un ejército victorioso. Parécense mucho a los puentes colgantes, construyéndose allí donde los árboles ofrecen facilidades, en los dos extremos del río, para atar en sus ramas largas cañas y sostener el puente por debajo.

Aunque estos puentes sean perfectamente seguros, no se puede, sin embargo, atravesarlos, sin experimentar un sentimiento de temor, porque al menor paso, el más ligero movimiento basta para hacerlos vibrar.

En algunas partes de los Llanos, se cultiva la caña de azúcar. Se da bien, pero se observa que tiene más hojas que la que se cultiva en los países montañosos, que es más gruesa y más sustanciosa, si bien es inferior a ésta respecto a la materia azucarada que da.

Hay otra especie de caña, llamada caña criolla, que es muy dulce y que se cultiva para mascarla, como se hace con el tabaco.

Los trapiches o molinos de azúcar contienen un aparato muy sencillo para prensar las cañas; se componen de dos cilindros de madera o hierro dispuestos horizontalmente y casi en contacto mutuo. En el cilindro superior hay cuatro agujeros que reciben los extremos de las espitas, que le hacen girar en redondo, de la misma manera que se emplea el torno a bordo de los buques mercantes; debajo de este aparato hay una gamella de madera, abierta en un bloque de caoba, destinada a recibir el jugo que se obtiene con este procedimiento. Son, por lo demás, máquinas pesadas y muy lentas en su ejecución; pero las que se mueven mediante muelas no son más eficaces.

De ambos modos se pierde una gran cantidad de jugo, y aun su extracción nunca se realiza de una manera perfecta.

El plátano crece también abundantemente en los terrenos fértiles próximos a los ríos, especialmente en los que son rara vez inundados. Muy impropriamente ha recibido la denominación de árbol, porque, si bien se eleva a veces hasta 20 pies de altura, no se compone más que de un tronco grueso, del que salen múltiples hojas sin ramas.

Las hojas tiernas, que brotan cerca de la cima, ofrecen muy bonito aspecto. Son de un verde suave, de forma oval, de cinco o seis pies de largas y cosa de un pie de anchas. Cuando crecen, las troncha el viento, y caen para dar lugar a otras.

El fruto que nace de la flor se parece, al principio, por el color y la forma, a una judía grande o a un altramuza; pero cuando está maduro, tiene nueve pulgadas de largo, con un grosor proporcional. Esta planta apenas exige cuidado alguno; las jóvenes crecen sobre las raíces de las anteriores, que caen cada tres o cuatro años.

Los paseos formados por los plátanos, son lugares predilectos de los pájaros moscas, que parecen preferir las flores de esta planta a la mayoría de las otras. No es raro ver ramas cargadas de fruto, que pesan cuarenta libras.

El plátano constituye la parte principal del alimento de los campesinos de Venezuela, y se come, sobre todo antes de haber llegado a su madurez, cocinándole entre cenizas o hirviéndole. También hacen de él una especie de pan que llaman *fifí*. En los primeros años de la guerra de la Independencia, éste era el pan que usaban las tropas patriotas. De aquí el apelativo de *fifí* que le dieron los españoles.